

La amabilidad como virtud pública

En tiempos de crispación, redes sociales incendiadas, rudeza frecuente en el trato ciudadano y desconfianza generalizada, hablar de amabilidad puede parecer ingenuo.

Sin embargo, pocas virtudes son tan decisivas para la vida

bueno en sociedad como esta disposición básica a tratar al otro con consideración, respeto y afecto.

La palabra amabilidad proviene del latín *amabilis*, “digno de amor”, derivado de *amare*, amar. Por lo mismo, no indica una simple formalidad ni un gesto superficial, sino una actitud profunda que reconoce en el otro a alguien esencialmente valioso. Es un hábito que afirma, en lo cotidiano, que convivir importa.

Sus sinónimos enriquecen el sentido señalado. *Afabilidad* alude al trato accesible y cercano; *cordialidad*, del latín *cor* (corazón), remite a una relación que nace del interior; *cortesía*, vinculada a la vida de la corte, sugiere urbanidad y respeto en el espacio común. Todas estas palabras apuntan a una misma convicción: la convivencia requiere formas y gestos que hagan posible el reconocimiento personal mutuo.

No se trata de una intuición moderna. Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, describía la *afabilidad* como una virtud del justo medio: ni adulación servil ni rudeza agresiva, sino equilibrio en el trato. Para él, la vida en comunidad exigía disposiciones que hicieran agradable y estable la coexistencia. Cicerón, por su parte, subrayaba la *benevolentia* y la *humanitas* como fundamentos de la república: sin benevolencia y civilidad, la vida pública se degrada.

Chile atraviesa un momento en que la amabilidad parece retroceder. La descalificación fácil ha reemplazado al argumento; la sospecha, al diálogo; la confrontación y, hasta la agresividad, al desacuerdo respetuoso. Esta falta generalizada de gentileza -lamentable debilidad moral en la comunidad nacional actual- erosiona la cohesión social más que cualquier diferencia ideológica.

Recuperar la amabilidad no implica negar conflictos ni suavizar ficticiamente debates. Significa asumir que la dignidad del otro no es negociable. Una sociedad puede sostener desacuerdos profundos, pero difícilmente puede prosperar si normaliza la hostilidad permanente. En este contexto, resulta imperioso el empeño de todos por revitalizar la *afabilidad* en el ámbito público, al tiempo que es estimable que iniciativas ciudadanas busquen resituar este buen hábito en la conversación pública. Aunque todavía de impacto acotado, en este campo destaca la “cruzada” impulsada por la Fundación Mr. MAU, que ha desplegado una campaña proamabilidad que apunta precisamente a generar una mudanza cultural recordando que el bienestar colectivo no depende solo de grandes reformas, sino también de gestos diarios que fortalecen la confianza y la cohesión.

Las transformaciones importantes comienzan por hábitos pequeños. La amabilidad no es fragilidad, menos un adorno; es una forma concreta de justicia en lo cotidiano. Y, tal vez, en el Chile actual, sea un cambio necesario de la mayor urgencia.

Álvaro Pezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial

ESE Business School, U. de los Andes

Opinión

Edición papel digital

Las lecciones de Davos en la era de la IA

Ana María Raad
Fundadora Fundación Reimagina, premio Innovación social 2026, Foro Económico Mundial



La reciente reunión del Foro Económico Mundial en Davos, a la que tuve la oportunidad de asistir, fue interpretada por muchos como el inicio de un nuevo orden internacional. Pero más allá de la tensión geopolítica y del cruce de visiones entre líderes mundiales, hubo una agenda menos visible, pero dominante: la irrupción de la inteligencia artificial (IA) y su impacto en las empresas, los gobiernos, la sociedad civil y, de manera crítica, en los sistemas educativos.

En Davos quedó en evidencia que la visión sobre la IA está profundamente dividida. Desde posturas alarmistas, como la del historiador Yuval Noah Harari, quien advirtió sobre riesgos existenciales asociados a agentes de IA capaces de erosionar el lenguaje y la cohesión social, hasta miradas abiertamente optimistas como la de Elon Musk, quien minimizó los riesgos a la vez que planteó que la regulación estatal no debería interferir en su desarrollo.

Entre ambos extremos surgió una posición más pragmática representada por líderes como Satya Nadella, CEO de Microsoft, y Kristalina Georgieva, directora gerente del FMI. Ambas coincidieron en que el desafío de la IA no es solo tecnológico, sino cultural y organizacional. Subrayaron la urgencia de desarrollar habilidades críticas en los trabajadores, advirtiendo que, de no hacerlo, hasta un 40% de los empleos actuales podría desaparecer o transformarse radicalmente.

Pese a las diferencias, existe un consenso transversal: el desarrollo de habilidades vinculadas a la IA se asocia a mayores niveles de prosperidad, productividad y equidad. Sin embargo, este potencial no se materializa simplemente incorporando tecnología. Requiere más y mejor educación, liderazgo estratégico, menor temor al cambio y acción decidida para preparar a las futuras generaciones. En este escenario, la educación es un factor central, pese a la histórica dificultad de los sistemas educativos para anticiparse a transformaciones profundas.

En Chile, sin embargo, esta discusión aún moviliza poco. No se trata solo de reconversión laboral ni de capacitación técnica en IA, sino del desarrollo de habilidades fundamentales: pensamiento crítico, resolución de problemas, colaboración o alfabetización digital. La experiencia muestra que la inversión en tecnología sin desarrollo de capacidades pierde impacto. Paradójicamente, mientras muchos docentes presentan brechas digitales, los jóvenes ya están inmersos en ecosistemas tecnológicos y utilizan la IA de forma habitual. La brecha aumentará si no ponemos foco en la orientación y el uso crítico.

Lo observado en Davos es una señal de alerta: sin una transformación profunda de la educación y del aprendizaje a lo largo de la vida, los países seguirán formando con una lógica del siglo XX para enfrentar desafíos del siglo XXI. Es un llamado a reimaginar el qué y el cómo aprendemos, con especial atención en lo que ocurre en las salas de clases, y así asegurar que los estudiantes estén realmente preparados para el futuro.

La amabilidad como virtud pública

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial ESE Business School, U. de los Andes



En tiempos de crispación, redes sociales incendiadas, rudeza frecuente en el trato ciudadano y desconfianza generalizada, hablar de amabilidad puede parecer ingenuo. Sin embargo, pocas virtudes son tan decisivas para la vida buena en sociedad como esta disposición básica a tratar al otro con consideración, respeto y afecto.

La palabra amabilidad proviene del latín *amabilis*, "digno de amor", derivado de *amare*, amar. Por lo mismo, no indica una simple formalidad ni un gesto superficial, sino una actitud profunda que reconoce en el otro a alguien esencialmente valioso. Es un hábito que afirma, en lo cotidiano, que convivir importa.

Sus sinónimos enriquecen el sentido señalado. Amabilidad alude al trato accesible y cercano; cordialidad, del latín *cor* (corazón), remite a una relación que nace del interior; cortesía, vinculada a la vida de la corte, sugiere urbanidad y respeto en el espacio común. Todas estas palabras apuntan a una misma convicción: la convivencia requiere formas y gestos que hagan posible el reconocimiento personal mutuo.

No se trata de una intuición moderna. Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, describía la amabilidad como una virtud del justo medio: ni adulación servil ni rudeza agresiva, sino equilibrio en el trato. Para él, la vida en comunidad exigía disposiciones que hicieran agradable y estable la coexistencia. Cicerón, por su parte, subrayaba la benevolencia y la humanitas como fundamentos de la república: sin benevolencia y civilidad, la vida pública se degrada.

Chile atraviesa un momento en que la amabilidad parece retroceder. La descalificación fácil ha reemplazado al argumento; la sospecha, al diálogo; la confrontación y, hasta la agresividad, al desacuerdo respetuoso. Esta falta generalizada de gentileza -lamentable debilidad moral en la comunidad nacional actual- erosiona la cohesión social más que cualquier diferencia ideológica.

Recuperar la amabilidad no implica negar conflictos ni suavizar ficticiamente debates. Significa asumir que la dignidad del otro no es negociable. Una sociedad puede sostener desacuerdos profundos, pero difícilmente puede prosperar si normaliza la hostilidad permanente. En este contexto, resulta imperioso el empeño de todos por revitalizar la amabilidad en el ámbito público, al tiempo que es estimable que iniciativas ciudadanas busquen resitar este buen hábito en la conversación pública. Aunque todavía de impacto acotado, en este campo destaca la "cruzada" impulsada por la Fundación Mr. MAU, que ha desplegado una campaña proamabilidad que apunta precisamente a generar una mudanza cultural recordando que el bienestar colectivo no depende solo de grandes reformas, sino también de gestos diarios que fortalecen la confianza y la cohesión.

Las transformaciones importantes comienzan por hábitos pequeños. La amabilidad no es fragilidad, menos un adorno; es una forma concreta de justicia en lo cotidiano. Y, tal vez, en el Chile actual, sea un cambio necesario de la mayor urgencia.

LT latercera.com

Declaración de intereses en www.trupoco.com.pe/declaracion
Impreso en Santiago por Gupesa S.A.

Atención a suscriptores en su canal virtual:
<http://www.servicioalcliente.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1.400 caracteres con espacios a:

rti@correo.latercera.com

o Avenida Apoquindo 4660, Santiago.

La Tercera se reserva el derecho a editar los textos y ajustarlos conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin descalificaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Perú y el regreso de Hernando de Soto

Luis Benavente
Analista político peruano, director de Vox Populi



Estabilidad en medio de la incertidumbre. La designación de Hernando de Soto como presidente del Consejo de Ministros peruano no es un simple cambio político, sino una señal. En Perú, las señales pesan más que los discursos. El país atraviesa incertidumbre, fragilidad institucional y percepción de riesgo, por lo que el nombramiento apunta a restaurar confianza.

No se trata solo de estabilidad política, sino también económica. Los mercados reaccionan menos a promesas que a perfiles, y el de

Hernando de Soto está asociado a reglas claras y funcionamiento institucional. Para inversionistas y actores externos, su presencia actúa como ancla de confianza y busca reducir la imagen de un país impredecible.

Hernando de Soto es un referente del pensamiento liberal. Su trayectoria se sostiene en dos ejes: libertad económica -propiedad, formalización y seguridad jurídica- y libertad política, vinculada a instituciones democráticas.

Su llegada al Ejecutivo intenta reordenar el debate público. En un contexto de polarización, la política había pasado de discutir políticas públicas a confrontaciones ideológicas. El nombramiento de De Soto busca reorientar la discusión hacia reglas e institucionalidad antes que identidades políticas.

Al no estar orgánicamente vinculado a la izquierda ni a la derecha tradicional, puede dialogar con ambos espacios sin desconfianza automática. La polarización peruana es también cultural, y un primer ministro que no sea percibido como adversario absoluto adquiere valor estratégico.

El objetivo inmediato del gabinete sería asegurar la transparencia electoral y la

continuidad constitucional. La prioridad no es impulsar grandes reformas, sino preservar el funcionamiento institucional. La estabilidad se mide por llegar a la siguiente elección sin crisis de legitimidad.

Autor de *El otro sendero* y *El misterio del capital*, De Soto cuenta con reconocimiento internacional. Frente a la imagen de inestabilidad política de Perú, su presencia busca revertir la percepción externa. En política internacional, la reputación funciona como crédito; reduce la desconfianza.

Por último, la negativa a discutir indultos para figuras como Pedro Castillo (ex-presidente del Perú) apunta a cerrar focos de conflicto institucional. Si el gobierno busca estabilidad, debe evitar controversias jurídicas de alto impacto. La gobernabilidad exige previsibilidad legal.

El nombramiento de Hernando de Soto no es solo un cambio de gabinete, sino una estrategia de contención institucional. Perú enfrenta más un problema de confianza que de gestión. El objetivo del gabinete no es transformar, sino normalizar el diálogo, la institucionalidad y la percepción internacional. En un periodo de transición, esa es la tarea política central.